





Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, organizaciones y sucesos que en él aparecen son fruto de la imaginación de los autores y están al servicio de la ficción.

Título original: *L'Incisore*

© 2025, Newton Compton editori s.r.l., Roma

© 2025, de la traducción por Consuelo Gallego Perales

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 979-13-87575-22-9

Código IBIC: FV

DL: B 3.873-2025

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Sergí Godía

Impreso en junio de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Luigi Boccia  
Nicola Lombardi

# El grabador de muertos

Traducción de Consuelo Gallego



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2025

*A Francesco y Debora,  
en cuyos ojos arde  
toda nuestra esperanza.*

Preparé la quinta esencia de la sangre humana, rectificada y puesta en circulación, con la que casi resucité a los muertos, dando un trago de ella a los que casi se les acababa el aliento, e inmediatamente vi que se recuperaban y en muy poco tiempo sanaban...

LEONARDO FIORAVANTI,  
*Della fisica* (1582)

Viene de noche el grabador  
que te busca, que te encuentra,  
que te atraviesa en lo alto de la cabeza  
antes de que te muevas.  
En la cabeza te abre un ojo  
que te observa, que te señala,  
que te dice un, dos, tres,  
tal vez ahora ha llegado tu turno.

*Antiguas rimas, canciones y  
cuentos toscanos* (1906)

## FLORENCIA, 1679

Abre tu mente a lo que te muestro  
y párate en ello, pues no sirve de ciencia  
si no se retiene, si no se comprende...

DANTE ALIGHIERI,  
*Divina comedia*  
(«Paraíso», V, 40-42)



# CAPÍTULO I

## Al caer las primeras sombras

### 1

La tenue luz del agonizante atardecer apenas conseguía colarse por el callejón de los Armati. Deslizándose entre las casas –adosadas unas contra las otras, oscuras, opresivas, como inclinadas–, el viento producía una especie de silbido continuo y modulado, mientras el polvo y las hojas secas dibujaban a su paso fantásticas formas suspendidas que podrían haber despertado la imaginación de un pintor, o de un poeta.

A mitad del callejón, como imitando un fuego fatuo, una luz parpadeante y mortecina oscilaba aprisionada en un farol, moteando con un halo de bronce el pavimento, las paredes desconchadas, los portales desvencijados. La sostenían los dedos huesudos de una mujer, semioculta en un portal. Mirando de cerca su rostro, uno podría haber calculado que tenía unos sesenta años: profundas ojeras, nariz aguileña, labios finos que se curvaban hacia abajo tirando de la piel blanca de las mejillas; el pelo, recogido en un moño atusado, tenía un color indefinible al resplandor de la penumbra. Pero quienes la conocían –todos en el barrio– sabían que aquella mujer no pasaba de los cuarenta, del mismo modo que sabían quién era la pequeña figura que estaba a su lado, ligeramente apartada, con la cabeza inclinada. El revoloteo de sus míseras vestiduras hacía que las telas al viento produjeran un crujido.

Al final del callejón, a su derecha, se oyeron dos silbidos breves, seguidos inmediatamente por el sonido de pasos acompasados.

La mujer se asomó ligeramente y, aguzando sus ojos húmedos a la luz de la linterna, fijó su mirada en la corpulenta silueta que se acercaba. De su garganta se escapó un suspiro.

—Aquí estás —susurró—. Acércate y sonríe.

La pequeña figura junto a ella no se movió, y la mujer masculló un insulto entre dientes.

La corpulenta sombra acortó rápidamente la distancia, manteniéndose en el lado opuesto de la calle. A medida que se acercaba a los muros de las casas, se había ido perfilando paso a paso en un hombre, imponente bajo la amplia capa que se ceñía en sus remolinos y dibujaba su evidente complejión, cercana a la obesidad. A medida que se acercaba, el sonido ronco de su respiración agitada se hacía cada vez más audible.

La mujer levantó un poco el farol, como si quisiera hacerse ver.

Cuando llegó a su altura, el hombre miró a sus espaldas, circunspecto; luego, cruzó la calle y se plantó frente a la mujer.

—Baja un poco esa luz —susurró.

Bajo la capucha calada hasta la frente, se veía un rostro redondo y perfectamente afeitado, mientras un pequeño enjambre de sombras inquietas jugaba sobre sus facciones, haciéndolas casi ilegibles.

—Bueno, vamos a ver qué tenemos por aquí...

Tras la amplia sonrisa, la dentadura desigual de la mujer emitió un destello.

—Ella es Chiara... —dijo, llevando la mano izquierda tras la espalda de la niña que tenía a su lado y empujándola hacia delante.

A regañadientes, Chiara se acercó para que los ojos titilantes del observador pudieran examinarla adecuadamente.

El hombre asintió, exagerando su complacencia con un gemido. Levantó con dos dedos el mentón de la niña para verla mejor a la luz; después, con esos mismos dedos, recorrió su mejilla con una lenta y lasciva caricia.

–¿Doce años? –preguntó el hombre.

–Doce –confirmó sin vacilar la mujer con un hilo de voz–. Una auténtica flor. ¿No estáis de acuerdo, señor?

El hombre permaneció durante unos instantes examinando aquellos ojos atemorizados, ese cabello negro bien cepillado, el tono de rojo cuidadosamente pintado en sus labios. Le temblaba la mano de emoción mientras alisaba la piel inmaculada de aquella carita. La mujer posó una mano sobre el hombro de Chiara, y la presión de sus dedos indujo a la niña a esbozar una patética sonrisa.

–Bien –susurró por fin el hombre–. ¿Podemos entrar?

–Por supuesto, señor... –La mujer dudó un momento, como avergonzada–. En cuanto al dinero, acordamos...

–Ya te he dicho que te pagaré después –estalló el hombre, esforzándose por mantener bajo el tono de voz–. Siempre que tu hija me satisfaga tal y como me has prometido. ¿Dudas acaso de mi palabra?

–Claro que no, señor –balbuceó la mujer, y la llama de la lámpara se agitó igual que ella–. Venid, apresurémonos a subir. La habitación está...

De repente, una voz masculina se hizo eco en la calleja; venía del lado opuesto por el que había llegado el hombre.

–Os lo ruego... ayudadme...

El hombre se giró bruscamente, reduciendo sus ojos porcinos a simples rendijas. No dijo una palabra, pero tanto él como la mujer y la niña se quedaron mirando a aquella figura apoyada contra la pared de una casa, a unos veinte pasos de ellos.

–¿Quién es? –preguntó Chiara en voz baja.

–No tengo la menor idea –respondió la madre–. Probablemente, alguno que ya está borracho a estas horas...

–Os lo ruego... Estoy muy mal...

El tono quejumbroso del desconocido se dejaba arrastrar por el viento de tal manera que su súplica parecía surgir del aire mismo... La silueta caminaba con dificultad, tambaleán-

dose. Tenía un brazo levantado con la mano presionando la cabeza.

–¡Sigue tu camino y déjanos en paz! –le increpó el hombre obeso con rabia.

Siguieron unos instantes de silencio. El desconocido se quedó inmóvil, con una pierna ligeramente doblada, y con el hombro y el torso apoyados contra la pared.

–Vos... –empezó, interrumpiéndose un instante para avanzar otro paso incierto.

Su equilibrio era evidentemente muy precario.

–Vos... ¿no sois el consejero Bortoli?

El hombre corpulento escupió una blasfemia. Ahora, su enrojecido rostro estaba reluciente, perlado por el sudor.

–Calla, mentecato. Estás desvariando...

–Sois vos, sí, os reconozco... Ayudadme, os lo ruego... Yo...

El pobre hombre tropezó, cayendo sobre una rodilla, y sus gemidos se diluyeron en un pequeño charco de agua estancada entre la grava.

Entonces, el hombre de la capa dejó escapar un impropio sin sentido. Lanzó una mirada furiosa a la mujer, y luego a Chiara. Finalmente, se dio la vuelta y regresó sobre sus pasos a un ritmo sorprendentemente ágil para un individuo de su tamaño.

La mujer solamente consiguió balbucear alguna palabra incoherente, pero su tono desconsolado delataba ya que nada incitaría a su potencial cliente a dar marcha atrás.

Cuando la gruesa silueta desapareció tras una curva, se escuchó otro lamento, más débil, proveniente del hombre que gateaba en la penumbra.

–¡Que te parta un rayo, maldito! –gruñó la mujer.

Hizo ademán de volver al portal, pero Chiara la sujetó por el brazo.

–Está herido, mamá. ¡Deberíamos ayudarle!

–¿Sabes lo que nos ha hecho perder ese desgraciado? Tú vuelve arriba, y reza para que encuentre otro cliente...

La niña no se quedó para escucharla y, agarrando el bajo de su larga falda para no tropezar, corrió hacia el hombre que ahora yacía de costado en el suelo.

—¡Vuelve aquí! —exclamó inútilmente la mujer, levantando la lámpara instintivamente.

Vio que Chiara se inclinaba sobre aquel desconocido. Los oyó hablar, pero no pudo distinguir una sola palabra. Le pareció incluso que aquel hombre estaba susurrándole al oído a su hija, arrodillada junto a él.

—¡Al infierno! —murmuró.

Avanzó con pasos nerviosos, acercándose a ambos e inundándolos con una luz anaranjada.

—Qué demonios... —empezó a decir, pero en ese momento su hija se echó hacia atrás mientras el hombre intentaba levantarse haciendo palanca con un brazo.

Debía tener unos treinta años, quizá menos, y su pelo rizado y desgreñado ondeaba de un modo extraño, casi como si fuera una peluca.

—Yo... yo... —intentó mascullar el desventurado, esforzándose por mantener la cabeza levantada para poder mirar a la mujer a los ojos.

Pero el cansancio le obligó a darse por vencido y, entre jadeos, tuvo que recostarse de nuevo. Con aquel movimiento brusco, parte de su cabello se desprendió, colgando como un trozo de tela mojada sobre una oreja.

Chiara se llevó ambas manos a la boca, aspirando ruidosamente entre los dientes. Su madre, en cambio, retrocedió y soltó un agudo alarido que retumbó en todo el callejón. Sus entumecidos dedos soltaron la linterna, que fue a estrellarse estrepitosamente contra los adoquines, apagándose al instante. Y de pronto las sombras del crepúsculo lo sepultaron todo, incluso la visión de aquella porción de hueso y el tétrico ojo negro pintado sobre la palidez del cráneo desnudo.

Los tres golpes en el portón resonaron como si fueran cañonazos en el silencio del viejo edificio. Desde su habitación en el segundo piso, Flaviano Altobrandini súbitamente levantó los ojos del tratado de astronomía que estaba estudiando, secándosele la garganta del susto. Ese tipo de golpes en la puerta no podían significar más que malas noticias, o aún peor, un peligro. Se quedó quieto durante unos instantes, con los doloridos omóplatos pegados al respaldo del pequeño sitial. Observó casi sin respirar la llama que oscilaba suavemente en la gruesa vela sobre el escritorio. Contempló, casi sin aliento, la tenue llama de la vela que parpadeaba sobre el escritorio. Le asaltó el pensamiento –bastante inapropiado en aquel momento– de que debería haber prestado más atención al alumbrado cuando se disponía a leer por la noche; sus ojos, ahora que habían perdido su agudeza a lo largo de los hilos de tinta sobre el papel, parecían arder por la repentina irrupción de la penumbra. Debería haber encendido...

Otros tres aldabonazos más, seguidos esta vez por una voz que reclamaba desde la calle:

–Messer Altobrandini, ¿estáis en casa? ¡Os necesito!

Fue en ese momento cuando Flaviano abandonó su puesto de estudio y se acercó a la ventana. Las persianas estaban apenas bajadas, así que le fue posible acercarse y mirar sin ser visto. En mitad de la calle, totalmente desierta, había un hombre robusto con el pelo largo recogido en una cola de caballo. Con una mano sujetaba un sombrero amplio a la altura del pecho, y con la otra un papel doblado. Miraba hacia lo alto, vagando de una ventana a otra, intentando adivinar cuál era la que buscaba.

–Messer Altobrandini, se requiere vuestra presencia con...

Flaviano abrió lentamente los postigos y, asomando la cabeza, se mostró al desconocido.

–¡Alabado sea el cielo! –exclamó el visitante con un tono claramente aliviado–. ¡Entonces estáis aquí, messere!

—¿Quién sois? ¿Y qué queréis de mí a estas horas?

El hombre escudriñó su entorno nerviosamente, luego levantó la mano con la que agarraba con fuerza una carta. A la luz de la luna y de una pequeña lámpara de aceite, pudo distinguir la mancha rosada del lacre.

—Me llamo Maso, señor. Es mi amo quien me envía. Dice que necesita hablar con vos urgentemente. No sé nada más, messere. Esto es para vos...

—¿Y puede saberse si vuestro amo tiene nombre?

—Por una cuestión de confidencialidad, que imagino comprenderá, señor, preferiría no gritarlo desde aquí, en plena calle.

Flaviano se concedió unos segundos para reflexionar, después respondió:

—Esperad un momento, ahora bajo.

Y volvió a entornar las contraventanas.

Tras cerrar de mala gana el *Sphaera Mundi* de Biancani, que se quedó esperándole en el escritorio, se echó una capa sobre los hombros, y a la luz de un candil que sostenía firmemente frente a sí, descendió los dos empinados tramos de escalera de madera hasta llegar al pequeño vestíbulo. Aquí, en lugar de abrir la puerta tras la que le esperaba Maso, dijo:

—Pasadme la carta. Por aquí debajo.

Al cabo de unos instantes, a la luz amarillenta de la llama, entre el borde inferior de la puerta, reforzado con metal, y la piedra pulida del umbral, apareció crujiendo un folio de papel doblado. Flaviano lo recogió y examinó el sello: un búho entre dos rosas, el escudo de una de las ramas secundarias de la antigua dinastía que todavía, aunque cada vez con más dificultades, regía el destino de Florencia. Una vez partido el lacre, leyó el conciso contenido de aquella misiva escrita con apresurados trazos de pluma de oca.

*Respetable messer Altobrandini:*

*Yo mismo, Paolo de Médici, os ruego que aceptéis esta carta de invitación que os envío a través de Maso Rolfi, uno de mis*

*más fieles servidores. Comprobaréis su identidad preguntándole cuántos años lleva a mi servicio, y él deberá responder que las rosas volverán a florecer.*

*Por motivos absolutamente reservados me encuentro en la necesidad de tener que departir con vos, por lo que, si tuviera a bien complacerme, no dejaré de mostrarle mi gratitud y la de mi familia.*

A continuación, seguía una firma temblorosa. La mano que la había escrito no debía andar del todo segura.

Flaviano dobló de nuevo el folio y se lo metió en el bolsillo. Realmente se trataba de una invitación un tanto curiosa...

—¿Vuestro amo no puede esperar hasta mañana? —preguntó en voz alta.

Desde fuera llegaban las pisadas inquietas de las botas sobre la grava.

—En fin, señor, no sabría... A mí me han encomendado venir a buscaros de inmediato, así que me imagino que debe tratarse de una cuestión urgente. Mi amo lleva fuera de casa unos días, y ya se temía lo peor... Pero esta noche ha regresado, y después de que le viera el médico ha preguntado por vos...

A lo lejos se oyó el ladrido de un perro.

Flaviano, cerrando los ojos, apoyó la frente contra el portón. Aquello tenía toda la pinta de ser un asunto turbio, y no estaba seguro de sentirse preparado para implicarse. Por otro lado, no sería oportuno ignorar aquella petición. En Florencia él era un huésped bien considerado, pero no podía permitirse el lujo de socavar esa hospitalidad rechazando la invitación de un Médici, por mucho que fuera un segundón de la familia.

Al otro lado de la puerta, la voz insegura de Maso se oyó de nuevo:

—¿Seguís ahí, señor?

Flaviano respiró hondo.

—¿Cuántos años lleváis prestando servicio a vuestro amo, Maso?

Un momento de silencio, y luego:

—Las rosas volverán a florecer.

Los dos pestillos se deslizaron con un chirrido oxidado. Flaviano abrió la puerta y se dejó envolver por una ráfaga de aire fresco.

—Sí, aquí estoy.

### 3

El palacio de Paolo de Médici estaba a poco más de un cuarto de hora andando desde la casa de Flaviano. Los dos recorrieron el camino con paso ligero, sin decir una palabra, bajo el ojo casi perfectamente redondo de la luna. No se cruzaron con un alma, a excepción de un viejo borracho que balbuceaba para sí mismo y un perro sarnoso callejero que les siguió con indiferencia durante un rato antes de desaparecer en un callejón maloliente.

La carta que Flaviano llevaba en el bolsillo tenía todas las de la ley para ser auténtica. Además, le había bastado estudiar en pocos segundos la actitud, la expresión y el tono de voz de aquel Maso para asegurarse de su total buena fe. No era la primera vez que confiaba en su instinto, dejándose llevar por él, y raramente se había arrepentido. Jamás llevaba armas consigo, en parte porque la sola idea de tener que usarlas le inquietaba en lo más profundo. En aquella especial circunstancia, efectivamente, no habría estado de más haber tenido la precaución de llevar consigo al menos una daga, o cualquier otro artillugio apto para la defensa, en el caso de que la situación se revelara distinta a como se esperaba. De todas formas, incluso si algún malhechor se interponía en su camino, el tamaño y las manos de Maso serían una sólida garantía de seguridad.

Un vívido rectángulo luminoso se encendió en una de las entradas secundarias del palacio en donde residía Paolo de Médici. En el umbral, un criado alto y enjuto con un farol en

la mano recibió a los dos recién llegados haciéndose a un lado para dejarles entrar. No se dignó a mirar a Maso, pero inclinó la cabeza cuando pasó Flaviano.

Siempre detrás de su acompañante, Flaviano recorrió varias salas en penumbra, mirando con el rabillo del ojo las estatuas, pinturas y plantas ornamentales a su paso; subió un tramo de escaleras, llegó hasta el final de un pasillo, y por fin se detuvo ante una puerta cerrada.

Maso llamó con los nudillos, tres golpes rápidos.

Al otro lado, se oyó un suave susurro y, a continuación, se acercaron unos pasos ligeros. La manivela bajó y por la rendija iluminada apareció el rostro de una mujer de mediana edad.

Maso se quitó el sombrero llevándoselo al pecho.

—Messer Altobrandini está aquí, mi señora.

Acto seguido, la dama de rostro pálido y alargado entreabrió la puerta.

—Gracias, Maso. Puedes irte.

El sirviente inclinó la cabeza en señal de respeto, y luego hizo otro tanto con Flaviano antes de alejarse y desaparecer por el pasillo.

La dama retrocedió entonces un paso, mirando a Flaviano a los ojos.

—Se lo agradezco, messer Altobrandini.

Y le extendió una mano repleta de anillos que Flaviano se apresuró a coger para rozar el dorso con un leve beso.

—No podía ignorar una invitación expresada en un tono tan sincero, señora. Además, estoy seguro de que esta premura está más que justificada.

—Lo juzgaréis vos mismo. Por favor, pasad.

Mientras se cerraba la puerta a sus espaldas, Flaviano dirigió su mirada al rostro cerúleo del hombre tendido en la suntuosa cama con dosel. Luego, en un instante, captó la austera presencia masculina, de pie junto a la cama, y la femenina, sentada en un pequeño sillón en un rincón, apenas tocada por la luz temblorosa de las llamas que ardían en la chimenea

frente al lecho. Un fuerte olor a sudor y medicinas flotaba en el ambiente.

–Adelante, messer Altobrandini, pasad –dijo el joven acostado bajo las mantas de damasco.

El timbre de su voz quería aparentar firmeza, pero se veía a todas luces que delataba una nota de sufrimiento. Tenía la parte superior de la cabeza enteramente envuelta en una especie de turbante blanco, formado por numerosos entrelazados de gasas y paños.

–Su cortesía es digna de su reputación de caballero, así como de persona de elevado nivel intelectual.

Flaviano avanzó unos pasos, acercándose al dosel.

–Me halagáis, señor de Médici. Reconoceréis, sin embargo, que tal invitación, a altas horas de la noche, por parte de alguien que, hasta donde se sabe, nunca he tenido la fortuna de conocer personalmente, habría podido encontrar un comprensible rechazo...

Paolo de Médici procuró incorporarse un poco sobre la almohada con un cauteloso movimiento de hombros. El hombre mayor junto a él intervino de inmediato:

–Tened cuidado, señor, no debéis moveros, ni hacer esfuerzos. Además, os había aconsejado encarecidamente que tampoco os reunierais con nadie en vuestras condiciones. No debéis...

El joven se permitió una sonrisa triste, y siguió dirigiéndose a Flaviano:

–Este es mi queridísimo médico personal, el doctor Albizzi, que ha cuidado de mí desde mi nacimiento. Una persona excelente y que se preocupa por los demás, a veces demasiado.

Flaviano hizo una leve inclinación en dirección al galeno, quien se la devolvió con expresión afligida.

–Ahora os ruego que nos dejéis, mi querido doctor. Y también vos, madre, si tenéis la amabilidad...

La mujer que había recibido a Flaviano en la puerta se quedó mirando un momento a su hijo, transmitiéndole en silencio un torrente casi palpable de preocupación y reprobación mater-

nal. Esperó a que el doctor Albizzi la acompañase a la puerta y, murmurando algo entre dientes, ambos abandonaron la estancia. Entonces la mujer joven hizo ademán de levantarse para seguirlos, pero Paolo la detuvo.

–Vos no, querida Lidia. Vos no. Quedaos, os lo ruego. Esto os atañe en parte, y esta conversación no debe tener secretos para vos.

La joven, cuya belleza se había hecho patente en el instante en que había entrado en el halo de luz de la lámpara, volvió a su sitio. Lucía un vestido largo de terciopelo verde oscuro, llevaba el pelo recogido en la nuca y un hilo de pequeñas perlas impedía que un mechón de color castaño le cayera sobre la frente.

–Ella es mi prima, Lidia Grandeschi.

–Un honor conoceros, madamisela –dijo Flaviano inclinándose rápidamente la cabeza y levantándola enseguida de nuevo con la esperanza de captar la expresión de la muchacha. Pero la zona de sombra en la que se encontraba le impidió descifrar cualquier emoción.

–Una vez hechas las presentaciones, aunque de manera un tanto informal, lo reconozco –continuó Paolo–, ¿podría pedirnos, messere, que acerquéis aquella silla y os sentéis junto a mí? El bueno del doctor Albizzi seguramente tiene razón, debería descansar, después de lo que me acaba de suceder. Pero también me he negado a tomar la decocción a base de láudano que quería suministrarme para hacerme dormir, porque hablar con vos me urgía realmente. Vamos, acercaos...

Flaviano cogió una silla, con el asiento y el respaldo acolchados, y se sentó junto a la cama. Al acercarse, el hedor a alcohol y sudor corporal era más punzante, pero procuró no darlo a entender manteniendo un semblante lo más neutro posible.

Al otro lado, Lidia seguía observando a ambos en silencio.

–Tenéis razón, ser Flaviano, nunca nos habíamos visto antes. Pero yo os conozco, últimamente he recabado información sobre vos. Sé que estáis emparentado con Su Santidad Inocencio XI, ¿o me equivoco?

Flaviano se puso rígido por un instante.

—Oh, tranquilizaos, no tengo intención alguna de crearos problemas. Sé que hace tiempo el santo padre os encomendó algunas indagaciones, investigaciones en las que habéis tenido ocasión de demostrar vuestra perspicacia. Sé que después abandonasteis Roma y que desde hace un año os habéis establecido aquí, en Florencia, donde os dedicáis al estudio y lleváis una vida irreprochable. No sé qué desavenencias habrán surgido entre vos y la Santa Sede, ni me interesa conocerlas... En fin, como veis, si me he dirigido a vos es porque reconozco vuestra valía, vuestro ingenio, vuestra intuición... Y para encontrar al Grabador necesitamos todas estas cualidades.

—¿El Grabador?

Paolo dio un suspiro. En su aliento flotaban intensos aromas de almendra y corteza de quina.

—¿Acaso todavía no habéis oído hablar de él?

Flaviano se cruzó de brazos.

—Solo sé lo que se cuenta por ahí...

#### 4

El primer cadáver había sido hallado hacía menos de dos meses. Pertenecía a Ettore Mercatanti, apreciado boticario, padre de familia y propietario de un modesto terreno a las afueras de la ciudad. Le había encontrado su hijo mayor, Pietro, por la mañana temprano, tirado frente a la verja de su casa. Ettore había desaparecido un par de días antes sin dejar rastro, pero los familiares todavía no habían denunciado su desaparición a las autoridades de la ciudad; desde luego nunca se le habría ocurrido pensar en un secuestro, ni mucho menos habrían imaginado un homicidio. El cuerpo presentaba un corte triangular de cuero cabelludo separado del hueso por dos lados y cuidadosamente levantado. Debajo, en el cráneo, se evidenciaba una incisión en forma de ojo de unos milímetros

de profundidad. Todo ello se había llevado a cabo con extrema pericia, con mano segura e instrumental especializado, y dado que realmente no se podían hacer conjeturas relacionadas con los motivos y el significado de aquella acción, se había supuesto que el culpable formaba parte del ambiente médico, o al menos del círculo científico.

Un detalle, tan inquietante como incomprensible, era que el sutil surco que trazaba el dibujo de un ojo estaba impregnado con una sustancia grisácea que también había calado en la superficie inferior de la piel. Un rápido análisis había identificado esa sustancia como mercurio.

El segundo cadáver había sido arrastrado durante un buen trecho por las aguas del Arno, acabando varado en una rama y provocando pánico y desvanecimientos entre las lavanderas que lo habían encontrado. El cuerpo estaba en pésimas condiciones, señal de que debía llevar en el agua varios días; sin el trozo de cuero cabelludo que le habían quitado del cráneo, mostraba en el lado derecho del hueso frontal la misma incisión hallada en Mercatanti. Se llamaba Folco Grandeschi, acaudalado y noble erudito, desaparecido de su casa desde hacía cinco días. La noticia de su desaparición no había sido divulgada por voluntad expresa de la familia, que había preferido no dar lugar a escándalos que habrían podido afectar a la dinastía de los Médici, a quien estaba ligado por lazos de parentesco.

Así que los rumores acerca de los dos cadáveres torturados de manera tan extraña se habían entrelazado y habían empujado, como era de esperar, a correr por toda la ciudad.

Y el misterioso asesino no había tardado en ganarse el apodo popular de «Grabador», elevándose a la categoría de hombre del saco hasta en las más truculentas canciones infantiles.

«El Grabador se acerca por la noche...».

Paolo de Médici permaneció inmóvil durante unos segundos, con los párpados bajados. Flaviano aprovechó para buscar con la mirada el rostro de Lidia, descubriendo que sus ojos estaban fijos en él. La expresión de la muchacha, aunque confusa entre los destellos de las llamas y las sombras recogidas en aquel rincón de la habitación, era tensa, como si estuviera tratando de dominar sus emociones. Flaviano observó el ritmo de su respiración y las imperceptibles contracciones musculares en su cuello. Era muy probable que la joven estuviera deseando hablar.

Paolo abrió los ojos de nuevo, y su voz ronca volvió a llamar la atención del invitado.

—He sido muy imprudente, lo admito. Normalmente, cuando salgo de noche, nunca suelo ir solo. Casi nunca... Hace un par de noches estaba en un local con unos amigos. Habíamos bebido. No creo que me hubiera excedido, o quizá sí, no lo tengo muy claro... O quizá aquel vino fuera el culpable, ya sabéis, esos vinos traicioneros, porque bajan como el néctar, y luego te suben lentamente a la cabeza...

Levantó despacio el brazo derecho, posando la mano en el vendaje.

—A la cabeza, sí... De todos modos, al final de la velada, cuando abandoné el local, iba solo. No sé qué hicieron los demás, les perdí de vista. A lo mejor se quedaron dormidos sobre la mesa, o puede que se hubieran marchado ya... El caso es que me encontré en la calle. Creo que escuché un toque de la campana de San Aurelio... Y desde ese momento, la oscuridad.

Se quedó callado, observando el semblante impasible de Flaviano. Luego se volvió hacia su prima, quien enseguida se incorporó en su silla, haciendo oír su voz por primera vez:

—Estáis exhausto, primo. Debéis descansar. ¿Deseáis que continúe con vuestro relato?

Paolo levantó el dedo índice, moviéndolo de izquierda a derecha.

—Os agradezco de corazón vuestras atenciones, querida prima, pero ese repugnante caldo que me ha hecho beber el bueno del médico está haciendo un óptimo trabajo. Me siento bien, a pesar de todo... Entonces, ser Flaviano, lo que quería contaros eran las circunstancias que llevaron a mi secuestro. Solamente recuerdo un golpe en la nuca, de repente, tal cual, como un relámpago... y ya nada más. Hasta el momento en que recobré el conocimiento.

Casi sin darse cuenta, Flaviano había empezado a frotarse repetidamente las yemas de los dedos pulgar e índice. Desde niño llevaba consigo ese pequeño gesto inconsciente, señal de que el tema había despertado su interés.

—¿Y dónde estabais en aquel momento?

Ahora la mirada de Paolo fue a parar a las llamas de la chimenea. Inquietos reflejos amarillos bailaban en el fondo de sus ojos.

—Tendido en una mesa, en la oscuridad más absoluta. No tengo la menor idea de cuánto tiempo permanecí inconsciente. Hasta esta noche no he sabido que transcurrió un día entero. Me llegaba un fuerte olor a alcohol, a medicinas, a hierbas... pero también a moho y a carne putrefacta. Intentaba hablar, gritar, pero sentía la cara y la cabeza completamente entumecidas, como si me hubieran inyectado algún líquido anestésico. Tenía la sensación de que la lengua y la mandíbula no formaban parte de mí. De repente... un crujido y una luz. Un pálido destello detrás de mí. Quería ver quién era, pero no podía mover el cuello. En la pared, frente a mis ojos... una sombra. La silueta de una persona. Empecé a agitarme, pero estaba atado a la mesa, tenía correas que me retenían por los tobillos y por las muñecas. Oí pasos, vi una tenue luz que se acercaba... la luz de un candil. Con esa vela, mi captor debió encender una lámpara, porque de pronto el techo apareció sobre mí. Era bajo, de ladrillo... debía ser una cripta, o una bodega, no sé. Luego...

Paolo guardó silencio durante unos segundos, pasándose la lengua por los labios, con la mirada perdida en el vacío.

–De verdad, no consigo describir aquella sensación. Carecía de sensibilidad en toda la cabeza y, sin embargo, notaba una especie de presión en varios sitios... e imaginé que aquel hombre me estaba tocando, me estaba manipulando de alguna manera. Recuerdo un hormigueo difuso, que se movía entre mis cabellos y me producía escalofríos en todo el cuerpo, hasta la punta del pie. ¿Qué me estaba haciendo? Creía que gritaba, pero solamente jadeaba, resollaba, nada más. Y entonces él... me habló.

Paolo tenía la frente perlada de sudor, y su rostro parecía aún más pálido. Respiraba con dificultad, y fue entonces cuando Lidia se puso en pie de un salto y se acercó a su lado, agarrando ambas manos de su primo.

–Ya es suficiente, Paolo. No estáis en condiciones de continuar con vuestro relato. Insisto porque...

–Este es el ojo que te mirará por dentro.

Flaviano dio un respingo.

–¿Qué habéis dicho?

–Paolo, os repito que... –continuó Lidia.

Paolo miró a Flaviano con una expresión que delataba un incipiente estado febril. El efecto de los primeros medicamentos que el doctor Albizzi le había suministrado para mantenerlo despierto estaba empezando a agotarse.

–Utilizó exactamente estas palabras. El ojo... me miraría por dentro...

–Messer Altobrandini, debo pedirlos que le permitáis descansar –intervino Lidia con decisión.

En sus ojos se reflejaba una preocupación sincera.

Flaviano se puso en pie lentamente, pero Paolo liberó una mano de entre las de su prima y le agarró por la manga.

–Todavía no, ser Flaviano, todavía no. Me siento lo suficientemente fuerte. Ya descansaré después. Tengo intención de acabar mi relato.

Lidia, de brazos cruzados, miró primero a Paolo y luego a Flaviano, con aire reprobatorio. Abrió la boca, pero enseguida volvió a cerrarla, apretando firmemente los labios.

—¿Conseguisteis verle? —le apremió Flaviano.

—¿Al Grabador? —le preguntó Paolo a su vez, enfatizando con sorna aquel nombre—. Oh, en cierto modo sí, le vi... Cuando se puso a mi lado, en mi campo de visión. Pero no había suficiente luz, y su rostro estaba totalmente envuelto por la oscuridad... Sostenía unos hierros, instrumental afilado, no tengo ni idea de lo que eran. Sin embargo, había entendido perfectamente lo que me estaba sucediendo, lo que iba a sucederme... Desde ese momento, tengo como una mancha oscura en la memoria. ¿Oigo ruidos, voces? ¿O solo me las he imaginado? Quizá he perdido el sentido... No lo sé, no lo sé... Únicamente recuerdo que, cuando volví a abrir los ojos, ya no estaba atado. Ni siquiera me hallaba en aquella especie de cripta. Me encontraba al aire libre, sí... y estaba caminando... Era libre... Había una luz roja, en lo alto, sí, como un círculo ardiente suspendido en el cielo. No lo sé, ya no sé nada... —Una pátina opaca pareció velar sus ojos. Los párpados apenas podían mantenerse abiertos, ni tampoco la voz encontraba la fuerza para salir de sus labios, que ahora temblaban como si el hombre siguiera hablando en silencio, para sí mismo.

Lidia no dejó escapar la ocasión.

—Venid conmigo a la otra habitación, messer Altobrandini. Mi primo ya no está en condiciones de hablar. Yo continuaré con su relato.

Flaviano se quedó mirando a Paolo, que ahora tenía los ojos cerrados. Sus rasgos parecían relajados, y su respiración era regular. Esa noche ya no podría añadir nada más.

—Por supuesto, madamisela. Vos primero.

## 6

En el gabinete contiguo al dormitorio, hizo sentar a Flaviano en un sillón, mientras la joven se acomodó en un peque-

ño diván frente a él. Sobre una ménsula de mármol había un candelabro con cinco brazos, pero solo tres velas estaban encendidas.

Flaviano se cruzó de brazos.

—Soy todo oídos.

Lidia le observó pensativa durante unos instantes, luego asintió.

—No os robaré más tiempo, messere. Se ha hecho tarde, y me imagino que para vos el venir hasta aquí ha debido ser un sacrificio, además de una indudable muestra de confianza. Os estoy infinitamente agradecida, y...

—Folco Grandeschi era pariente vuestro, ¿verdad? ¿Hermano, tal vez?

La muchacha pareció quedarse un momento sin respiración, y se mordisqueó el labio superior. Luego, con un leve estremecimiento en la voz, asintió:

—Sí, mi hermano.

Flaviano adoptó una expresión contrita.

—Lo siento de veras.

—¿Puedo preguntaros quién os lo ha dicho?

—Nadie, en realidad. Al escuchar vuestro apellido, y valorando las circunstancias, me he limitado a hacer una simple deducción. Grandeschi, la segunda víctima del Grabador. El hombre hallado en el Arno. Pero os lo ruego, no era mi intención interrumpiros. Os pido disculpas.

Las llamas de las velas se engarzaron por un segundo en los ojos de Lidia, reflejando minúsculos cristales de lágrima.

—No hay nada por lo que pedir disculpas, creedme. En cualquier caso, os habría proporcionado esa información yo misma, ya que en parte constituye el motivo de vuestra presencia aquí.

—No lo dudo. Continuad.

Lidia suspiró.

—Cuando me llegó la noticia del hallazgo del primer cadáver, el de Ettore Mercatanti, hace un par de meses, me sentí incapaz de formular ninguna conjetura. Lo que pretendo decir es que

no consideré que el asunto pudiera tener nada que ver conmigo, naturalmente. Pero después...

–Después le tocó a vuestro hermano.

–Así es.

Otro profundo suspiro siseó entre las sombras.

–Y entonces... no pude por menos que preguntarme qué relación habría entre los dos. No creo que fueran a los mismos sitios ni que tuvieran ningún asunto en común, al menos recientemente. Quizá en el pasado... Hablé de ello con mi primo, Paolo, y él me respondió que no estaba al tanto de nada por el estilo. Pero enseguida comprendí que no me estaba diciendo la verdad. Fui testigo de cómo cambió tras la muerte de Folco. Culpaba al dolor por la pérdida de un primo muy querido. Me parecía una razón más que plausible para justificar su diferente estado de ánimo. Casi me había resignado a esperar que las indagaciones oficiales encontraran alguna pista, pero luego...

De repente se quedó callada, con la mirada fija en Flaviano. Este permaneció impassible, devolviéndole la mirada; después bajó los ojos hasta las manos que la muchacha tenía entrelazadas en el regazo. A pesar de la tenue luz, su temblor era evidente.

–Luego ocurrió lo que ya sabemos, madamisela. Me imagino que ahora, en cambio, os habéis hecho una idea, o por lo menos habéis encontrado una respuesta a vuestras preguntas –reflexionó él en voz alta–. Dos víctimas escogidas aparentemente al azar, de extracción social y profesión muy diferentes, podría parecer una coincidencia. Pero la tercera, un Médici, nada menos, con todos los riesgos que esa acción implica... exige trazar una línea de unión. Vos habéis encontrado esa línea. Pero no habéis hablado con las autoridades. Aunque ahora estáis haciéndolo conmigo. No os fiáis del todo, puedo leerlo en vuestros ojos, porque no me conocéis. Sin embargo, vuestro primo parece tener depositada en mí una confianza de la que no me siento merecedor. Espero poder ganarme también la vuestra. Si me

permitís una suposición, creo que fue vuestra tía, la madre de Paolo, quien os dio la clave. Cuando mencionó alguna antigua relación entre los tres. ¿Voy por buen camino?

Lidia pareció desconcertada, como si necesitara unos segundos para registrar las palabras de Flaviano. Por fin se recompuso, procurando tomar de nuevo las riendas de la conversación.

—Mi confianza en vos, messer Altobrandini, es irrelevante. El hecho de que mi primo os la haya entregado incondicionalmente para mí es una garantía; por tanto, no tengo el más mínimo inconveniente en exponeros todo lo que debáis saber. Seréis vos quien deberéis sacar vuestras propias conclusiones.

Flaviano esbozó una reverencia, y con un rápido movimiento de la mano invitó a la joven a continuar.

—Los hechos se remontan a quince, dieciséis años atrás. En aquella época, yo era tan solo una niña, únicamente conservo vagos recuerdos. Ejercía un médico en Florencia al que se consideraba un gran conocedor del esoterismo y la alquimia. Se llamaba Ermete Moraldi, y era de origen toscano. Había abierto aquí un laboratorio, una especie de taller en el que impartía clases a grupos de jóvenes, casi todos pertenecientes a familias adineradas. Enseñaba medicina, naturalmente, pero no solamente eso. Ser admitido en sus cursos se convirtió en una cuestión de prestigio; debían ser muy selectivos. Seis o siete alumnos al año, como máximo. Supongo que en este punto es del todo superfluo especificar que...

—Las tres víctimas eran estudiantes de Ermete.

—Al menos durante el último año de su instrucción. Sabía que mi hermano salía de casa todos los días por motivos de estudio. Pero nos llevábamos once años, y yo no tenía noción de lo que hacía. Luego hubo un incendio. Nunca se esclarecieron las causas, pero con todas las sustancias potencialmente peligrosas que había en aquel taller, no fue difícil imaginar un accidente. Por suerte, no había ningún estudiante en ese momento. Únicamente estaba Ermete.

—¿Murió en el incendio?

—Lo más seguro es que así fuera. A pesar de que, efectivamente...

—Nunca encontraron su cuerpo. ¿Es así?

Lidia asintió, apretando los labios.

Flaviano la imitó, inconscientemente, luego se frotó enérgicamente las mejillas sin afeitarse.

—Creo haber entendido en qué dirección van vuestras sospechas. Y estoy de acuerdo con vos en que esta podría ser una pista razonable a seguir, al menos para empezar. Pero, por el momento, procurad imaginar dónde puede haber estado retenido vuestro primo, según lo que nos ha contado.

—He estado pensando en ello... Después de haber sido liberado, Paolo estuvo vagando por ahí en un estado delirante, y luego fue a parar a la calle de los Armati. Fue allí donde halló las fuerzas para decirle su nombre a una niña, antes de perder el sentido por completo.

—Y a vos, ¿cómo os avisaron?

—Fue la madre de la niña. Le arrastraron desde la calle hasta su casa. Después vino corriendo hasta aquí para dar la voz de alarma.

Flaviano resopló.

—Un buen trecho, desde la callejuela de los Armati hasta aquí...

—Una pobre mujer, un alma desesperada. Contaba con que le diéramos una recompensa económica, lo dijo claramente. Y la obtuvo.

—Entiendo...

—Así que enviamos un carruaje inmediatamente. El resto de la historia ya lo conocéis.

—Sí.

Flaviano se palmeó las rodillas.

—Y... decidme, Lidia: ¿vos habéis visto el ojo dibujado en el cráneo de vuestro primo?

La joven arqueó una ceja con aspecto desconsolado.

–Solo un momento, antes de que el doctor Albizzi me hiciera alejarme.

–¿Podrías describírmelo?

Lidia reflexionó un instante, luego se levantó del diván para acercarse a un escritorio sobre el que había una pila de papel de carta y una pluma de oca metida en un tintero. Se entretuvo unos segundos, al cabo de los cuales volvió junto a Flaviano y le tendió el dibujo que acababa de esbozar.

–Más o menos... –dijo, como si pretendiera excusarse por la calidad de la imagen.

Flaviano solamente dedicó una breve ojeada al dibujo de la muchacha; luego asintió, dobló la hoja de papel en cuatro y se lo metió en el bolsillo.

–De acuerdo –dijo, poniéndose en pie.

–¿Dónde vais? –le preguntó de repente Lidia.

–Bien, por esta noche he recopilado suficiente información. Creo que ya es hora de que vuelva a...

Lidia le dirigió una mirada de sorpresa.

–¿A casa? Messer Flaviano, no me obliguéis a suplicaros. Estoy demasiado cansada para discutir. Se os ha preparado una habitación de invitados para que paséis la noche. Encontraréis todo lo necesario.

–Pero yo, madamisela, no...

–Es la expresa voluntad de mi primo, y también la mía. Mañana por la mañana nos levantaremos temprano y, acompañados por Maso, iremos a buscar el lugar en el que por poco fue asesinado también Paolo. Seguidme.

Flaviano sintió que una protesta le pellizcaba la lengua, pero al instante se dio cuenta de su inutilidad.

–Como deseáis. Me considero desde este momento a vuestra entera disposición.

Si Lidia captó el matiz irónico en la voz de Flaviano, no lo dio a entender.